

EL OCASO MÁS NEGRO

Joaquín Araújo

Il vernos lo que somos, es reflexión que comparten varias de las mentes literarias y filosóficas más lúcidas de la historia. La considero, por cierto, el mejor manifiesto ecológico jamás escrito. Con la obvia contundencia de lo aforístico, que cuando es bueno resulta insuperable a la hora de hacer pensar. Y poco conviene tanto, ahora mismo, como darle vueltas a lo que estamos viendo, tan feo, casi siempre, que no somos pocos los que acarreamos la idea de que la sostenibilidad es, ante todo, un movimiento artístico. De ahí que se pueda escribir un libro entero sobre lo que Platón, Tagore, Gibrán, Unamuno o Pessoa compartieron en algunos pasajes de su obra. Pero no van por estos derroteros los argumentos de hoy. Más bien he querido darle un pedestal a esa otra frase, la de: “somos lo que comemos”, prosa retórica de mucho más de bajo vuelo pero de absoluta actualidad. Al menos desde que este mundo nuestro de los medios de comunicación convierte en noticia, y con su revuelo correspondiente, un informe de la FAO sobre la caída en picado de la diversidad de lo que nos alimenta.

Olvidemos los treinta años de retraso con los que se pretende abordar uno de los procesos más negativos que acompañan a la pérdida de la esencia de la agricultura en su sentido más amplio.

Porque parece más que evidente que nos estamos quedando muy solos a la hora de administrar uno de los procesos de creatividad humana más largos, brillantes y, por otro lado, casi inconscientes de la historia. Me refiero a la lenta manipulación de las variedades domesticadas y su selección casi natural por parte de los agricultores en aras de la obtención de los mejores resultados, siempre antes, a escala local. Esto provocó la aparición de muchos miles de razas o subespecies de animales y plantas domeñados por las distintas culturas y civilizaciones humanas. Todo ello hasta crear algo que nunca ha sido reconocido con la suficiente gratitud por parte de los que otorgan los premios. Me refiero a que, de la misma forma que la propia evolución, los agricultores pusieron a nuestra disposición incontables soluciones para un mismo problema: el de alimentarnos. Y, acaso, no podamos superar la definición de multiplicidad vital que la considera como que la vida responde con miles de argumentos a la única pregunta de cómo seguir vivos. Tanto es así, que no hay mejor forma de conseguirlo que con la proliferación de las posibilidades, con la múltiple concurrencia de las diferencias, desde las muy pequeñas a las enormes. Fascinante proceso pues, en el mismo, los materiales y los requerimientos son idénticos para casi todas las variedades – infinitas – de seres vivos.

PRESENTACIÓN

La uniformidad que impone un solo estilo y modelo de vida, basado en los falsos rendimientos crecientes, ha expulsado de los campos a su originalidad cultural y natural.

Se han perdido más del sesenta por cien de las variedades de plantas cultivadas en buena parte de los países del mundo.

Nunca olvidaré mi hallazgo de un manual de agricultura, en una casa de campo en ruinas, fechado en 1903. Allí se afirmaba que este país nuestro cultivaba más de 300 tipos de cereales diferentes. Hoy apenas nos siguen nutriendo un par de docenas. Y con el ánimo de llenar silos, menos de diez. Lo de hecatombe, es decir, el haber diezmado algo, le conviene a este ámbito como a ningún otro.

En los Estados Unidos de América han desaparecido en 90% de las hortalizas que daban sentido a los huertos hace menos de un siglo. Con la ganadería sucede algo muy parecido.

En suma, que si somos capaces de echar bien las cuentas, resulta que la verdadera, contundente y más preocupante extinción de la diversidad biológica está mucho más cerca que la tantas veces aireada en los medios de comunicación. Esa de los grandes felinos y aves de presa, de las ballenas y las anchoas.

Parece más que necesario, reconocer que en torno a la llamada agricultura ecológica se mueve precisamente el compromiso de actuar como Movimiento de Conservación de la multiplicidad genética creada por las anteriores generaciones de cuidadores de la tierra. Porque ahí, una vez más, está la clave. Producir más es contar con menos: especies y espacios. Cuidar de la tierra es darle oportunidades a lo raro, difícil y diferente. Sin lo que la continuidad se debilita hasta la fragilidad y dependencias absolutas. Es negro ocaso de las extinciones en masa.

Nuestro apoyo a esa forma de entender el noble oficio de la agricultura necesita muchas ayudas y alianzas. De administraciones y científicos, entre otros, para que al menos nos queden en activo, mucho más que en bancos de semillas o de germoplasma, uno de los productos más sensatos de la creatividad humana. Porque, en realidad, estamos recordando a la independencia de criterio, a la adecuación a las verdaderas vocaciones de cada territorio, a la soberanía alimentaria, a la continuidad de lo propio, al respeto a lo que crece donde debe crecer y todo ello, de la mano de unos métodos que no contaminan, no afean y dependen mucho menos de los sectores ajenos a su verdadera esencia.

Hay que nutrir a lo que nos nutre. Y las diferencias son el mejor alimento de la misma vida. 